



textos fragmentados, discontinuos, dispersos, aforísticos, descentrados, abiertos a todas las lecturas posibles. Ya no trataba de buscar la Interpretación, sino precisamente de exorcizar a toda costa el fantasma de la interpretación única.

Estamos ante un hecho visual al alcance de todas las dioptrías, al margen de cualquier otra consideración de mayor envergadura. El hombre que ya tiene la mirada fragmentada, casi en la luna de Valencia, arrinconando discretamente aquellos sagrados manuales de texto continuo que durante tantos años fueron su alimento exclusivo, su colirio excluyente, y decide practicar la dieta lúdica del duque de La Rochefoucauld con el narcisista propósito de estilizar sus figuras de estilo. Los cerrados tratados de la argumentación firmados por Hegel, Marx, Engels, Lenin, Gramsci, Sartre, Lukács, Marcuse, Althusser et alii, dejaron paso a los abiertos tratados de la fragmentación a cargo de Nietzsche, Cioran, Barthes, Brown, Gide, Bataille, García Calvo, Deleuze, Burroughs, Klossowsky y otros ilustres refraneros del alma. No entro en honduras filo-

sóficas, insisto. Sólo constato con mirada de tipógrafo —la mirada neutra por antonomasia— las diferencias llamativas que saltan a la vista entre las páginas de moda hace unos años y las páginas ahora en candelero: Ha disminuido alarmantemente el número de caracteres por página impresa, se observa sin mucho esfuerzo una tendencia irrefrenable a la composición por fragmentos, abundancia de blancos, escaso uso de las mayúsculas tradicionales, utilización de asteriscos para separar párrafos generalmente minúsculos, empleo desmedido de cursivas en frases o palabras aparentemente triviales, propensión cada vez más acusada a la llamada «composición en verso» por el hasta ahora reprobable método de las líneas centradas, sustitución de las notas al pie de página de carácter erudito por las notas al margen de página de signo poético, inexistencia de aparato bibliográfico al final del libro, foliación de fantasía y abuso injustificado de ciertos caracteres no alfabéticos de la máquina de escribir convencional, especialmente esa barra oblicua que suele dormir sobre el número 3, signo

conocido y utilizado en lógica al modo disyuntivo, pero actualmente manejado con intenciones imprecisas, acaso ornamentales.

Vacaciones revolucionarias

Podría continuar rastreando en el mismo sentido la espectacular mutación que se ha operado en las formas expresivas del hombre que no tenía la mirada distraída, pero justo es decir que también la procesión va por fuera del discurso; aunque allí, en el exterior social, sea bastante más difícil mantenerse en el punto de vista empírico, etnográfico, desapasionado, divertido. Intento decir que estos signos internos —algunos mediopensionistas, esa es la verdad— del cambio en la actitud, los ideales y la cosmovisión de la izquierda española resultan a mi entender más útiles que el enésimo recitado de esa sarta de tópicos que provoca la industria nacional del desencanto y diariamente nos venden en el drugstore de las explicaciones y de las autojustificaciones a modo de consolación.

Decir, como se está repitiendo, que el actual furor por la gastronomía, la serie negra, el rock duro, las parlas suburbanas, la aventura a la vuelta de la esquina, el nihilismo ilustrado, la magia nacional, la mercancía retro, la nueva espiritualidad, la manía del stéreo o los juegos de masas, constituyen los motivos mundanos de la desmovilización política, no sólo significa confundir torpe, encantadoramente, los síntomas terciarios con las causas principales, sino situar el fenómeno del desencanto dichoso en el territorio de la moda, con el propósito de conjurarlo allí cómodamente. Implica reconocer que sí, que la izquierda vive ahora —unas merecidas vacaciones revolucionarias— al cabo de la larga resistencia y de la natural desilusión por el fracaso de la llamada ruptura democrática, pero que cuando transcurra esta natural reacción pendular y se agote la moda del yo, la Política volverá por donde solía. Y quien dice la Política, dice la mayor parte de aquellos grandes universales que estuvieron en el origen y formación del discurso teórico de la izquierda. Argumentaciones de esta envergadura las estamos leyendo u oyendo todos los días en firma o boca de los portalesloganes de la izquierda oficial, de los autotitulados teóricos del marxismo o de lo que queda de la España de la Resistencia, que queda bastante por lo que se ve.